



DOCUMENTO

Discursos leídos en la ceremonia de entrega del Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019 al profesor Óscar Velásquez

ONOMÁZEIN 46 (diciembre de 2019): 186-196
DOI: 10.7764/onomazein.46.15
ISSN: 0718-5758



1. Presentación: el profesor Óscar Velásquez, Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019

Carles Tebé

Jefe del Programa de Traducción
Facultad de Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile

El Programa de Traducción de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile junto con el Colegio de Traductores e Intérpretes de Chile, COTICH, entregan anualmente desde 1995 el Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica, en una fecha cercana al 30 de septiembre, festividad de San Jerónimo, patrono universal de los traductores. En esta ocasión, cumpliéndose el 25 aniversario de la entrega de este reconocimiento, el profesor Óscar Velásquez recibió el Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019.

El reconocimiento al profesor Velásquez se debe a su generoso aporte en la traducción de autores clásicos griegos y latinos al español, entre los que destacan: Platón (*Timeo*, *Alcibíades*), Jenofonte (*La república de los atenienses*), Aristófanes (*Nubes*), Cicerón (*La ancianidad*), Horacio (*Arte poética*) o Santo Tomás de Aquino (*De veritate*).

El profesor Velásquez posee además una larga e importante trayectoria académica como profesor titular en la Pontificia Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Chile, donde impartió cursos de griego, latín, filosofía antigua y filosofía medieval. Por otro lado, sus cargos como decano de la Facultad de Filosofía UC entre los años 1988-1994 y como vicepresidente en la Asociación Internacional de Estudios Patrísticos entre los años 2010-2015 han sido de gran relevancia. También en el extranjero fue profesor visitante en las universidades de Cambridge, University College de Londres y en el Institutum Augustinianum de Roma, entre otras casas de estudios.

Es un hecho constatado que al ejercicio de la traducción se puede llegar por distintas vías, y todas ellas son legítimas por igual:

Tenemos la vía académica, en docencia e investigación, a la que se llega con una reflexión profunda sobre los principios y métodos de la traducción, como proceso y como resultado; la traducción es aquí el objeto principal de estudio y análisis.

Por otro lado, está la vía profesional, el ejercicio diario de la traducción como práctica profesional, que tiene como objetivo producir textos con un significado idéntico al original, a menudo adaptados a las circunstancias y peculiaridades del lector al que se dirige, que a veces difiere mucho del lector del texto fuente.

En tercer lugar, tenemos la traducción literaria, a la que se llega a menudo por la vía de la creación. Muchos traductores literarios no tienen formación académica específica en traducción. Son escritores, novelistas, poetas, autores teatrales... y es a partir del profundo conocimiento del autor y de la obra de partida, y de la excelencia en el manejo de la lengua de llegada, que los traductores literarios pueden verter el contenido del autor original en otra lengua distinta.

Y por lo menos hay una cuarta aproximación posible a la traducción, que es la traducción de lenguas clásicas. Clásicas porque son lenguas de prestigio, pero también porque son lenguas muertas. En la docencia de latín y griego, la traducción ha sido considerada a menudo una herramienta didáctica, una forma de comprender y aprender mejor el idioma.

Pero sobre todo, la traducción de lenguas clásicas es una herramienta imprescindible para acceder a gran parte del pensamiento filosófico occidental, y por ello el Programa de Traducción se congratula en otorgar el Premio a la Excelencia Profesional y Académica de 2019, en su 25 edición, al profesor Óscar Velásquez, por su muy dilatada obra como filósofo y en particular como traductor de autores clásicos al español.

El Programa de Traducción y la Facultad de Letras reconocen y honran así también a otra forma de ejercer la traducción, menos visible en nuestra sociedad, pero no por ello menos relevante.

Los textos que siguen son los dos discursos de presentación del premiado: el primero, a cargo del profesor Antonio Arbea, quien fue profesor titular de Latín en la Facultad de Letras UC durante muchos años; y el segundo, a cargo de la profesora Patricia Ciner, de la Universidad de San Juan de Cuyo, Argentina, actualmente presidenta de la Asociación Internacional de Estudios Patrísticos. El tercer y último texto es el discurso de agradecimiento del profesor Óscar Velásquez, tras recibir el Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019.

2. Discurso de presentación del Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019, profesor Óscar Velásquez

Antonio Arbea

Profesor titular de Latín

Pontificia Universidad Católica de Chile

El Programa de Traducción de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile ha otorgado el Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica de 2019 al profesor Óscar Velásquez por su larga y destacada trayectoria en la traducción, especialmente en la traducción de textos griegos y latinos al español. Es un gusto para mí participar en esta ceremonia haciendo la presentación del galardonado.

Óscar Velásquez comenzó sus estudios superiores estudiando filosofía y lenguas clásicas en la Universidad de Chile, y simultáneamente teología, en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Prosiguió luego su formación en el extranjero estudiando lenguas clásicas y filosofía antigua en Inglaterra, en la Universidad de Lancaster; luego filosofía griega en la Universidad de Cambridge; posteriormente patrística en la Universidad de la Sorbona, y por último filosofía antigua en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde se doctoró.

Eso, en lo que se refiere a sus estudios.

En cuanto a su carrera docente, Óscar Velásquez ha sido profesor titular tanto en la Pontificia Universidad Católica de Chile como en la Universidad de Chile. En estas dos universidades ha tenido a su cargo cursos de griego, de latín, de filosofía antigua y de filosofía medieval. Ha sido también profesor en la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez de Santiago. En el extranjero, ha sido profesor visitante en la Universidad de Cambridge y el University College de Londres, y *professore di ricerca* en el Institutum Augustinianum de Roma. Ha sido también profesor invitado de las Universidades de Granada y Autónoma de Barcelona; de las Universidades de Buenos Aires (UBA), Católica de Cuyo (San Juan), Nacional de Tucumán, y de la Universidad Católica de Puerto Rico, en Ponce.

En cuanto a cargos académicos, el profesor Velásquez, fue decano de la Facultad de Filosofía de esta universidad (1988-94). En el campo internacional, fue (entre 2010 y 2015) vicepresidente de la Asociación Internacional de Estudios Patrísticos.

Yo quisiera destacar aquí un rasgo que personalmente siempre he admirado en el profesor Velásquez. Me refiero a su impulso emprendedor, a su incansable y permanente iniciativa creadora “institucional”, diría. Por iniciativa suya, justamente —a comienzo de los años setenta—, se creó en esta universidad el Departamento de Lenguas Clásicas. Años más tarde, fundó el Círculo Platónico-Patrístico y, luego, siendo ya decano de la Facultad de Filosofía, creó la revista *Seminarios de Filosofía* (en 1988). Durante su decanato, además, ideó y fundó en 1992 el programa de doctorado en filosofía (el primero acreditado en Chile) y, adosada a este programa, creó una biblioteca de investigación. Años más tarde, fundó junto al profesor argentino Francisco García Bazán la revista de filosofía patrística y cristiana *Diadokhé*. El caso de esta revista es particularmente interesante, porque *Diadokhé* nació como una empresa editorial chileno-argentina, una modalidad enteramente novedosa y un muy buen ejemplo de este rasgo que quiero destacar en el perfil intelectual del profesor Velásquez: su creatividad, su empuje innovador.

Y en cuanto a traducciones, que es lo que aquí más interesa destacar, el profesor Velásquez puede mostrar un conjunto selecto de trabajos verdaderamente notables. Las traducciones que mencionaré a continuación van todas acompañadas de introducciones y notas. Son traducciones conscientes de sus decisiones, fruto de un largo trato con las obras y de una lúcida reflexión sobre ellas.

1. *Alcibíades*, Platón (Editorial Dionysos, 1979).
2. *De Veritate*, Santo Tomás de Aquino (Editorial Universitaria, 1996, en colaboración con Humberto Giannini).
3. *Arte Poética*, Horacio (Ediciones Universidad Católica, 1999).
4. *Timeo*, Platón (Ediciones Universidad Católica, 2004).
5. *Nubes*, Aristófanes (Editorial Universitaria, 2005), la primera —hasta donde alcanza nuestra información— que se ha impuesto la severa exigencia de reproducir los versos del original griego en correspondientes versos españoles —tarea nada fácil—, y ofrece frecuentes soluciones novedosas, que enriquecen significativamente la tradición de las traducciones españolas.
6. *La República de los Atenenses*, Jenofonte (Editorial Universitaria, 2010).
7. *Alcibíades*, Platón. Edición bilingüe (Ediciones Tácitas, Santiago de Chile, 2013).
8. *La ancianidad*, Cicerón (LOM, 2017).
9. *De Theognide Megarensi* de Nietzsche (Editorial Lom, 2018, en colaboración con Renato Cristi).

Actualmente el profesor Velásquez está preparando la traducción y edición crítica del *Libro Lambda de la Metafísica* de Aristóteles, que publicará Ediciones Tácitas.

Óscar Velásquez es un traductor elegante pero discreto. Sabemos, es cierto, que esto último, lo de la discreción, es en último término, en materia de traducción, una utopía, y que es inevitable que el traductor “aparezca” en su traducción: el traductor no es una suerte de tubo vacío, aséptico. El traductor tiñe, y más que tiñe, su traducción. Eso es así, por supuesto. Lo que quiero decir es que el traductor no debe *buscar* protagonismo; por el contrario: debe aspirar a pasar inadvertido, como el buen árbitro de una contienda deportiva. Como auténtico intérprete, el traductor literario consumará su misión cuando su persona, en lo posible, desaparezca, cuando logre producir la comunicación entre los lectores y la obra. El sentido genuino de la traducción, en efecto, es la objetividad del texto, no la persona del traductor, que a veces no hace sino obstruir con su subjetividad casual el camino hacia el texto original. En este aspecto, las traducciones de Óscar Velásquez son ejemplares.

Ellas son, todas, traducciones de fuentes importantes de nuestra tradición. Estas traducciones se enmarcan en la convicción de que los estudios universitarios, en especial los humanísticos, están llamados a regenerarse permanentemente a través del estudio, precisamente, de las fuentes, de las grandes obras, de la lectura e interpretación de los textos clásicos. La literatura secundaria —comentarios, panoramas, manuales— debe ser bienvenida, por cierto, cuando represente un aporte, pero no puede jamás, ni en el mejor de los casos, sustituir el encuentro directo con las fuentes.

Las traducciones del profesor Velásquez, pues, quieren ser, justamente, una contribución a los estudios humanistas que aspiran a organizarse en torno a las obras fundamentales de nuestra tradición. Tras esta decisión se halla la madurada opinión de que es particularmente así, enderezando los estudios hacia la lectura e interpretación de las obras clásicas, como nuestras disciplinas habrán de ganar vitalidad y progresar en excelencia.

Para concluir, quiero felicitar al Programa de Traducción por la importante tarea que realizan en la formación de traductores e intérpretes y por el éxito que han tenido en la empresa de renovar el prestigio de la labor de traducir y de encarecerla como un trabajo intelectual de primer orden. Y felicito al Programa también, por supuesto, por la creación y mantención en el tiempo de este Premio de Traducción. Sabemos que Fondecyt no ha sabido valorar debidamente la actividad de la traducción, y ha carecido de imaginación y de voluntad para apoyarla y promoverla de algún modo. En tal sentido, este premio viene a reparar parcialmente esa incomprensión y a estimular el trabajo silencioso de los traductores.

¡Felicitaciones, profesor Velásquez!

3. Acerca del carácter del Prof. Óscar Velásquez: un hombre que supo dejar su marca en la historia de la Sabiduría

Dra. Patricia Ciner

Presidenta de la Asociación Internacional de Estudios Patrísticos
Universidad de San Juan de Cuyo

Comenzaré estas palabras diciendo que he titulado este breve discurso de la siguiente forma: “Acerca del carácter del Prof. Óscar Velásquez: un hombre que supo dejar su marca en la historia de la Sabiduría”. A través del mismo he intentado hacer una reseña lo más exacta posible de este académico al que hoy todos homenajeamos. Digo todos, porque la alegría de este merecido premio que hoy recibe el querido Prof. Óscar Velásquez no se circunscribe a Chile, sino que se ha extendido a muchísimos académicos del mundo, que han tenido el privilegio de estar en contacto con su “peculiar y especial carácter”. Con esta última afirmación, regreso a mi objetivo que es explicar el título de este discurso, para poner así de manifiesto el carácter de Óscar. Como es bien sabido, este término proviene del término griego χαρακτήρ, que hace referencia al que graba, al que deja una marca a través de la trayectoria de su vida. Esa marca diferencia el buen vivir del mal vivir. Así también lo vio el mismo Óscar al afirmar en su presentación de su bella traducción sobre el *De senectute*, de Marco Tulio Cicerón, que

... el cultivo de la virtud se funda más bien en el natural modo de ser de cada ser humano. En otras palabras, consiste en saber adecuarse a la naturaleza propia, y en especial a aquella universal, que es sabia y divina. De esta manera, la causa única del no vivir bien no está en la vejez sino en algo que es más permanente en la existencia del ser humano, su carácter y su actitud en relación con el Todo.

Releyendo este hermoso texto, pensé que la clave de su carácter y de su trayectoria ha sido justamente su capacidad de poner su inmensa inteligencia al servicio de un Todo mayor, como es el mundo de la Sabiduría. Y de esa conjunción ha surgido sin duda su permanente alegría, su juventud que no conoce el paso del tiempo y por sobre todo su inmensa generosidad. En Óscar se cumple sin duda la máxima de Proverbios 4, 6 que dice: “Enamórate de la Sabiduría y ella te cuidará”. En ese sentido, su vida es el ejemplo de alguien que vivió enamorado de la Sabiduría, y que decidió por amor consagrarse totalmente a ella para protegerla y engrandecerla. La Sabiduría, cuál madre justa, lo cubrió totalmente con sus dones, permitiéndole escribir en su libro eterno, actividad a la que muy pocos tienen derecho a acceder. Y ese ha sido y es el χαρακτήρ que hoy homenajecemos, su capacidad de dejar huellas imborrables en todas sus traducciones, sus escritos, sus conferencias, sus clases y en todas las actividades en que ha participado. En especial, quisiera dedicarle unas breves palabras a su obra como traductor, ya que este premio justamente ha buscado realzar e iluminar esta faceta de su vida. Sin duda, para los que nos dedicamos al mundo clásico, a la antigüedad tardía y a la patrística, sus traducciones no son simplemente una transliteración lo más exacta posible de un vocablo griego o latino a uno castellano. Por el contrario, en sus traducciones se esconde un secreto que solo puede advertirse cuando se tuvo la oportunidad de vivir la experiencia fascinante y terrible a la vez de la traducción: Óscar es capaz, porque su carácter así se lo permite, de dejar hablar a titanes del pensamiento como Platón, como San Agustín. Esta capacidad, que proviene por supuesto de su inmenso conocimiento de las lenguas clásicas (digo inmenso porque, sin exagerar, nunca he conocido a alguien que las conozca de una manera tan excelsa como él), se plasma en el arte de permitir que el *hyperbatón* o los participios del griego no se pierdan, sino que por el contrario muestren su esencia a través de otros caminos de la Sabiduría, como lo son otros idiomas. Óscar sabe, y uso el verbo saber con la fuerza que este verbo tiene en castellano, que solo un alma de carácter humilde puede acceder al recinto sagrado de la Sabiduría. Este recinto es maravilloso y también muy peligroso. Lo sabemos todos los que hemos realizado esta tarea. Digo esto último porque Óscar me pidió que hiciera un breve comentario sobre mi tarea como traductora del *Comentario al Evangelio de Juan* de Orígenes, tarea que acabo de concluir luego de diez hermosos y fatigosos años de mi vida. En ese sentido, una buena traducción es también hija de Eros, en cuanto que el amor, tal como el gran Platón lo explicó hace ya tantos siglos, tiene la doble condición de riqueza y de pobreza. De riqueza, porque el gran ser al que uno humildemente trata de darle una voz en otro idioma que no fue el suyo lo va guiando con su genialidad, y de pobreza, porque los límites de la propia vida humana se hacen manifiestos cuando se emprende una tarea como esta. Solo a modo de anécdota personal, quisiera compartir con ustedes la experiencia de largas y obscuras noches en que decidía que iba a renunciar a terminar la traducción, porque excedía mi capacidad y mis fuerzas. Pero también la experiencia de muchas mañanas, en que, luego de arrodillarme y pedirle asistencia a mi amado Orígenes, aparecía en mi mente y en mi corazón la forma más exacta de traducir un fragmento complejo, que adquiriría entonces sentido, no porque yo se lo diera, sino porque había podido trascender mis límites humanos y la voz del

alejandrino se había expresado. En síntesis: la traducción de autores como Platón, Aristóteles, Orígenes, Séneca, San Agustín y tantos otros genios de la humanidad requiere del carácter de Óscar, es decir, de su inmensa humildad y al mismo tiempo de su inmensa osadía para abrir la puerta de la eternidad y permitir el acceso a todos aquellos que anhelan tener el contacto con estos gigantes del pensamiento, a través de una traducción. Y a modo de palabras finales, quisiera reiterarle a Óscar mi agradecimiento sin límites por haber sido un ejemplo a seguir en el camino de la traducción y por haberme acompañado con su sabiduría y su ternura en los momentos más importantes de mi vida.

4. Discurso de agradecimiento del Premio de Traducción a la Excelencia Profesional y Académica 2019

Óscar Velásquez

Profesor titular de Filosofía
Pontificia Universidad Católica de Chile

Sr. decano de la Facultad de Letras, Patricio Lizama, Sra. vicedecana, Rosa María Lazo, Sr. jefe del Programa de Traducción, Carles Tebé, Sra. presidenta de la Association Internationale d'Études Patristiques (AIEP/IAPS), Patricia Ciner, distinguido profesor Antonio Arbea. Representantes del Colegio de Traductores e Intérpretes de Chile, autoridades académicas, estudiantes y profesores presentes, amigos todos que han venido a este acto.

Quiero ante todo agradecer al Sr. decano de la Facultad, al jefe de Traducción, a los representantes del Colegio de Traductores e Intérpretes y a los que tuvieron la audacia de proponer mi nombre para este premio inesperado. Lo recibo con verdadera modestia y reconocimiento.

Tengo el orgullo de haber formado parte del grupo de profesores que, en 1971, constituyó el Instituto de Letras en el Campus Oriente de la Universidad. Allí enseñé latín, griego, ejercí alguna jefatura de vez en cuando, y fue mucho el tiempo que compartí con alumnos y profesores en el grato ambiente de ese instituto, que más tarde se convertiría en facultad. El resto de mi tiempo lo invertía en la facultad del lado y en la Universidad de Chile. Yo había comenzado de niño a estudiar el latín, de modo que me pareció natural, en algún momento, seguir una licenciatura en Filosofía con mención en lenguas clásicas, que en *aquella santa edad* existía en la Universidad de Chile. Por supuesto que desapareció, no sin antes que tanto Antonio Arbea como yo pudiéramos también enseñar allí. La historia posterior es larga, pero diré que los seis años y tanto que continué mis estudios en el extranjero, por diversas etapas, entre regresos e idas, siempre las lenguas, la literatura y la filosofía constituyeron para mí una unidad.

De ahí que el noble oficio de la traducción me pareció desde el inicio una parte integrante y esencial de mi trabajo. Era una excelente manera de perfeccionar el conocimiento del

lenguaje que traducía, así como de la propia lengua, la mía, a la cual vertía esos maravillosos monumentos del saber humanista. El oficio de traducir no tiene por qué terminar en una obra escrita. O bien, en la solidez de un libro. De hecho conservo cuadernos viejos llenos de traducciones de versos de autores como Horacio o Virgilio. El aprendizaje de los idiomas que estudiamos, sea inglés o latín, se realiza a nivel profesional mediante lecturas de obras que de hecho debemos traducir. Si nos preparamos para intérpretes, la acción de traducir es asimismo un acto central del aprendizaje del oficio.

No se podía, entonces, separar el saber al que aspiraba de aquellas páginas que, desde diversas fuentes, nutrían ese conocimiento y lo hacían realidad tangible. Esas páginas precisamente hacían realidad el universo de un lenguaje, el latín, el griego, que permanecía allí y que afloraba mediante la traducción. Ese es el campo de la filología clásica, en que el texto escrito tiene un papel fundamental. Pero es asimismo, *mutatis mutandis*, análogo al aprendizaje y ejercicio de las lenguas modernas, en que la palabra hablada se hace indisoluble de la palabra escrita.

Una consecuencia de esto es que el estudiante va aprendiendo a ver ese conjunto de saber acumulado como un todo integral. Así, la filosofía, el arte, la literatura, la historia, la música, la ciencia, la medicina, el conocimiento del cosmos y la matemática se comienzan a entender como un mundo sólidamente interconectado, viviente, presente en el lenguaje. En el lenguaje, digo, porque la obra de arte, la ciencia, la medicina son también parte de ese lenguaje. Lo que la Universidad tiende a separar, las humanidades lo integran. Allí está, entonces, el texto escrito, la obra de arte, la arqueología, la arquitectura, la ingeniería que sobrevivió, que le da consistencia casi real a ese mundo. La visión de un acueducto romano nos enseña mucho más de su ingeniería y del modo de vida de esos pueblos, como si fuera un libro abierto. Así es como el texto escrito vuelve a aparecer ante la mirada sorprendida del que quiere saber. Pero el texto ya viene con un intermediario de un lenguaje viviendo en la escritura.

Si este ignora el habla, se necesita quien lo vierta y lo dé a conocer a quien lo desconoce. De ahí la necesidad imperiosa de traducir, mediante un acto indisoluble que es para sí y para los demás. He aquí parte importante del oficio del intérprete y traductor. Los primeros traductores de Occidente fueron seguramente los romanos, que vieron la conveniencia de verter los autores griegos. Son además precisamente los romanos que, por razones políticas además, necesitan de intérpretes para manejar su imperio. Decía Horacio en una de sus *Epístolas*:

*Graecia capta ferum victorem cepit, et artis
intulit agresti Latio.*

“Grecia, la cautiva, hizo de su fiero vencedor un cautivo,
e introdujo las artes en el rústico Lacio”.

(Horacio, *Epistulae* II 1, 156-157).

Se podría decir que en este caso la traducción surgió como un fenómeno social y político. Fue la consecuencia de una conquista, lograda con mucha dificultad por un pueblo disciplinado y guerrero, pero que carecía de la elegancia y sofisticación que proviene de la creación y el pensamiento. Esto aconteció históricamente entre la conquista de las ciudades griegas en Sicilia durante la primera Guerra Púnica (264-241), hasta el saqueo de Corinto el 146 a. C. Agrega Horacio luego que, con la paz que vino, terminadas las guerras, la gente se empezó a preguntar “qué de utilidad traerían Sófocles, Tespis y Esquilo”. La duda se desvanece cuando el mismo poeta dice poco más adelante que ese romano vencedor:

*Temptavit quoque rem si digne vertere posset
et placuit sibi, natura sublimis et acer;*

“Intentó por cierto ver si podría traducirlos dignamente,
y le agradó su carácter sublime y vigoroso”.

Este *vertere* es evidentemente un “traducir”, en todo el amplio sentido de la palabra, y es claro en este caso que se refiere a la acción de quien traduce para comprender. No es necesariamente el acto de un traductor que publica su trabajo, y muy probablemente nadie publicó nada. Era una acción más cercana a la del intérprete (*interpres* en latín), que hace sin embargo una versión simultánea para sí mismo desde un texto escrito. O bien, como la acción del estudiante que vierte un texto de Shakespeare para aprender y comprender *in situ* la grandeza del poeta. Sin esos ejercicios de traducción difícilmente aprenderá nada de lo que verdaderamente debe saber del poeta que investiga. Esto es ya un indicio poderoso de lo que pasó con el encuentro del mundo romano con una cultura inmensamente superior en la calidad de sus logros literarios, científicos y artísticos. Surgió así la necesidad imperiosa de *traducir*, de todos los modos que podamos imaginar, los resultados que ellos alcanzaron, y tratar de emularlos e incluso superarlos.

Esto nos muestra que, cuando pueblos de culturas o idiomas diferentes entran en contacto, el intérprete y el traductor tienen un papel fundamental que cumplir. La convivencia pacífica y comercial entre naciones, el progreso espiritual y creativo de agrupaciones humanas suele ser incalculable cuando hay suficiente capacidad de interacción mediante la palabra hablada y escrita. Es evidente que necesitamos más traductores para el futuro, si pretendemos convertirnos en una nación con mayor presencia externa en la cultura, la sociedad y la política.

Ahora bien, el más fino y destacado traductor en un sentido más estricto fue el más grande maestro de la lengua latina, Cicerón. Desde aquí surgió en nuestra civilización una pléyade ininterrumpida de traductores, que avanzó con los tiempos. Irlandeses, como Escoto Eriúgena, que en el s. IX tradujo al Pseudo Dionisio Areopagita del griego al latín. Hubo luego árabes o hebreos traduciendo a los griegos, estudiosos en Hispania, Galia, Anglia, Irlanda traduciendo al latín. Españoles asimismo a los griegos, pero del árabe al latín. Esto desde el temprano Medioevo hasta nosotros.

Incluso el más sagrado de los libros, la Biblia, fue protagonista de una historia singular. En Alejandría de Egipto, el Pentateuco de la biblia hebrea fue traducida el siglo III a. C. al griego, la lengua dominante del este desde Alejandro Magno. Pronto irán siendo traducidos alternativamente los Salmos, los libros proféticos y los restantes fascículos del AT, hasta configurar la Biblia llamada Septuaginta. Esta se convertirá luego en la Biblia de la diáspora judía (en paralelo con la hebrea), así como del cristianismo naciente y los siglos venideros. El hebreo había dejado de ser una lengua viva alrededor del s. I de nuestra era. La Septuaginta, junto con la Vulgata de San Jerónimo (347-419), las dos versiones más destacadas de las Escrituras, serán los textos traducidos más exitosos e influyentes de toda la civilización occidental. Es prácticamente imposible medir el impacto cultural que estas dos empresas de traducción han producido en los dos mil años siguientes.

La Vulgata, es decir, la edición latina de san Jerónimo (ca. 347-420) del texto griego del NT y del texto hebreo del AT, muestra el trabajo del traductor. Así como usamos diccionarios y otras ayudas en nuestras traducciones (p. e., otras antiguas versiones que pueden sernos útiles), así san Jerónimo utilizó textos bíblicos griegos y latinos anteriores en su esfuerzo de traducción desde el hebreo. La seriedad de su esfuerzo, la claridad de su estilo, y su general corrección, serán fundamentales para asegurar su éxito en el Occidente latino. Al modo como nosotros vamos a países donde se habla el inglés para aprender mejor la lengua, así Jerónimo, nacido en Estridón, en la antigua Dalmacia latina, en la frontera con el mundo griego, viajó hacia el oriente y a Siria, Palestina y Egipto. Allí estableció contactos para aprender el hebreo, habiendo ya adquirido fluidez en griego. Su conocimiento del hebreo no es completo, y se ayuda de otras traducciones para conseguir una *veritas hebraica*. En Cesarea de Palestina, trabaja en la biblioteca de Orígenes y Eusebio, dos grandes Padres griegos que habían dejado en esas regiones documentos de valor incalculable. En Cesarea existía una fuerte minoría judía, y reconocidos rabinos, de modo que es posible imaginar como un lugar conveniente para estudiar la lengua hebrea bíblica. El resultado termina por ser todo un éxito, y el sello de Jerónimo le dio una coherencia a la Vulgata que la inmortalizó.

Estos pensamientos, un poco dispersos, me vienen al espíritu a propósito de esta ceremonia. El hecho además que el día del traductor se celebra en esta Facultad el jueves que precede a la festividad de san Jerónimo me mueve a recordar su extraordinaria importancia como traductor y patrono. Expreso aquí nuevamente mi gratitud a las autoridades de la Facultad de Letras, a sus alumnos y profesores; y a los amigos que han venido a acompañarme en esta tarde especial.